

dad del país provino de energías renovables, lo que abre una oportunidad para vincular de forma más decisiva la matriz energética con el transporte.

Sin embargo, estos avances conviven con brechas relevantes. Aunque ciudades como Santiago se posicionan como referentes en electromovilidad -alcanzando un 59% de su flota eléctrica en 2025-, la realidad fuera de ésta es dispar. Mientras Copiapó alcanzó en 2025 el 100% de su flota eléctrica y vemos avances significativos en Antofagasta, La Serena y Coquimbo, hay zonas como Coyhaique que hasta la fecha no tienen un transporte público urbano.

El desafío, por lo tanto, no es solo expandir, sino hacer funcionar bien el sistema. La experiencia muestra que cuando este presenta deficiencias, ya sea en cobertura, frecuencia o calidad, las personas migran a alternativas individuales, debilitando el rol estructural del transporte público y fragmentando aún más la movilidad en la ciudad.

Martín Andrade Ruiz-Tagle, director ejecutivo de Corporación Ciudades

La salud en nuestras manos

● La muerte de un niño tras consumir una hamburguesa en un local de comida rápida no solo estremece, también interpela. No se trata de un hecho inevitable ni de una simple

excepción, sino que de una señal de alerta sobre fallas que, en sistemas modernos de control, debieran ser cada vez más infrecuentes.

Si bien el riesgo cero no existe, en inocuidad alimentaria el estándar es precisamente reducirlo al mínimo posible mediante controles rigurosos en toda la cadena. Desde la producción primaria hasta el consumo final, existen múltiples puntos críticos donde pueden introducirse patógenos, lo que exige vigilancia constante y criterios homogéneos.

Chile cuenta con un estándar sanitario sólido, pero eso no basta. Se requiere avanzar hacia una gobernanza efectiva del sistema alimentario, con instituciones que operen coordinadamente, integrando también a la industria, la academia y los propios consumidores. La prevención no puede depender de esfuerzos aislados. A esto se suma la necesidad de fortalecer la capacitación permanente de quienes manipulan alimentos, bajo estándares exigentes y fiscalizables. No es solo una tarea técnica, sino una responsabilidad directa sobre la salud pública.

Lo que está en juego no es solo la calidad de los alimentos, sino la confianza de las personas en un sistema que tiene el deber de protegerlas.

Dra. Liliana Maier N. experta en inocuidad alimentaria y académica de la Facultad de Recursos Naturales y Medicina Veterinaria, U. Santo Tomás